



HAY QUE VIVIR  
DE LA MISERICORDIA DE DIOS

---

**C**OMPUSO el Profeta un cántico, el más hermoso, con que su corazón estuvo inspirado, y es el cántico de la misericordia de Dios, en el cual repite en cada versículo que su misericordia es eterna. (Psalm. CXXXV.)

Harta razón tenía David en bendecir esta misericordia, en cantar este océano de infinita misericordia, puesto que había pecado y de su pecado le había salvado la misericordia. Hay Santos que son obra de la misericordia divina y que han llegado á ser, por el poder de la misericordia y rindiéndole en seguida un homenaje constante, más santos de lo que hubiesen sido por la inocencia y la virginidad; así, San Pedro fué mucho más grande y abnegado después de su pecado que antes, y San Pablo y Santa Magdalena. Aquella misericordia nutrió la santidad de éstos, y sus lágrimas fueron el alimento de su amor.

Si sois ángeles, vivid de la majestad de Dios; mas si sois hombres y pecadores vivid de la misericordia, exaltad la bondad de Dios que os ha salvado y os da la vida. Hay que saber exaltar la misericordia



de Dios, suma bondad, y en ella ver todos nuestros dones y gracias y tener en los labios este grito de reconocimiento: «¡Dios mío, qué bueno habéis sido para mí, que soy tan malo!»

Este pensamiento de los pecados pasados no ocasiona malestar, aparta del pecado y pega á la bondad divina, y si se llega á llorar dilátase el corazón en dulces lágrimas de penitencia y de amor, y estas lágrimas nos hacen dichosos.

Cada cual sabe cuánto debe á la misericordia de Dios, y todos podemos decir que le debemos el no haber caído en el infierno; por lo cual cuanto más se haya pecado, mayor reconocimiento hay que tener á la misericordia.

Si nunca habéis pecado mortalmente, no por eso ha sido menor la misericordia de Dios al perdonaros vuestros pecados veniales. Porque siempre este perdón es fruto de la sangre de Jesús, y además, como con tanta frecuencia renovamos los pecados de esta clase, Dios tiene que ejercitar incesantemente su misericordia, mientras que las ocasiones de los demás pecados son más raras. Esto aparte de que cuando pecamos venialmente, nos hallamos en amistad de Dios y afligimos su Corazón y su amor en lo que tiene de mayor ternura.

La misericordia de Dios, suma bondad, es magnánima, perdona generosamente y para siempre, y no sabe olvidar á medias. Devuelve la alegría de la inocencia y el honor propio del estado anterior, pues no perdona al modo de los hombres, sino como corresponde á Dios. Quiere que subsista el recuerdo de los pecados, pero con un pensamiento de amor y de gratitud para alabar su misericordia en perdonarlos.

Sin embargo, se tiembla algunas veces y se hace la pregunta de si Dios nos habrá efectivamente perdonado los pecados. ¿Orasteis debidamente para que os los perdonase? ¿Vinisteis confiados en que os los perdonaría? Sí. Pues bien; os los ha perdonado Dios; Él os infundió aquella confianza, y si no hubiese querido perdonaros, no os hubiera llamado hacia sí ni traído á sus plantas. Y, además, en la Comunión ó en una adoración muy recogida, sobre todo por la noche, ¿no os concedió nuestro Señor algunos momentos en que gustabais de tal paz, que en verdad os sorprendía? ¡A solas con Jesús Sacramentado erais tan dichosas que olvidabais la tierra y vuestro cuerpo, os transportabais á una atmósfera de paz divina; os parecía que comíais á Jesús Sacramentado! Pues ¿qué otra prueba queréis de que os perdonó vuestros pecados? Dios os llenaba de caricias, os estrechaba sobre su Corazón, os abrasaba, y cierto que no os hubiese tratado de esta manera si no os amase como á un hijo suyo, á quien ha reintegrado en sus derechos y en su amor.

De igual modo, el contento que experimentáis después de vuestras confesiones, es una prueba del perdón obtenido y de que la amistad se ha reanudado; pues quiere Dios, para mostrarnos su amistad, que sintamos el gozo de haber sido perdonados. ¡Qué consolador es esto! No se contenta con comuniarnos la fe relativa al poder del sacramento de la Penitencia, sino que también nos da pruebas de amistad para que nos retiremos sintiéndonos dichosos y como seguros de nuestro perdón.

La misericordia divina es tal, que se creyera que Dios quiere tentarnos. Nos dice nuestro Señor: «No pequéis; mas con todo, si os ofendéis á mi Padre,



venid pronto á mí y os perdonaré.» ¿Puede extenderse á más la misericordia que á garantir de antemano al pecador su perdón y á prometerle mediación entre él y la divina justicia? Son excesos de la misericordia que triunfa sobre la justicia de Dios: *Misericordia superexaltat iudicium!*

Vivid, por consiguiente, de esta misericordia, y atraígaos hacia ella su paciencia en tanto esperar y para perdonar con tal frecuencia; antes seréis perdonadas cuanto más pronto volviereis después de haber pecado. Así, pues, nunca os desaniméis, ni jamás digáis: «¡Ya pequé demasiado para ser perdonada; hace ya tanto tiempo que reincido en las mismas faltas!» No, mirad cuánto mayor es la misericordia que el pecado; los vuestros podéis enumerarlos, pero es imposible que midáis la misericordia. Por lo tanto, volved siempre sin dilación, tantas veces cuantas ofendiereis, y decid como á su madre un niño llorando: «¡Dios mío, os he causado pena, he lastimado vuestro corazón, perdonadme!» De seguro no os levantaréis de allí sin haber sido perdonadas.

¡Cuán bueno es, pues, en su misericordia Jesús Sacramentado! Ha multiplicado los medios de perdón, y así no es necesario confesarse cada vez que se comete una falta venial, pues pone á vuestra disposición los sacramentales, el *Confiteor*, el *Pater*, y especialmente el agua bendita: todo eso con un acto de pesar os purifica, y también la Misa y la bendición del Santísimo son sacramentos de misericordia; y hay, finalmente, el amor, el regreso del corazón contrito á nuestro Señor, lo cual absuelve de las faltas veniales. ¡Qué dulce es recibir de nuestro mismo Señor esa absolución! Cuando un alma á los pies

de nuestro Señor se humilla, creyéndose indigna de comulgar porque ha pecado, ¡oh! nuestro Señor la perdona y la absuelve de su falta. Esta manera de perdón place á nuestro Señor, porque en tal caso el amor repara por mucho más de lo que se perdiera con la falta.

Así, pues, creedme; vivid todas de la misericordia de Dios. Doy por supuesto que no hayáis pecado nunca; pero ¿no podéis pecar? ¡Oh! Sí; tanto como los mayores culpables. Luego si podéis pecar, ¿qué diferencia hay entre vosotras y quien realmente pecó? ¿Quién os ha preservado? La misericordia, la misma que á mí, pecador, me ha reducido. Por consiguiente, deudores somos, así vosotras como yo, á esta divina misericordia, y aun le debéis más vosotras, porque os preservó en el instante quizá en que, teniendo ya un pie en el mal, ibais á consumarlo. Con retiraros, dos milagros hizo, en vez de uno, la misericordia; por lo tanto, vivid en la gratitud hacia ella, y en ella estableced vuestro solo fundamento.

Si Dios, suma bondad, no fuese infinito en misericordia y no supiese que jamás la agotará por grandes que sean las oleadas que de ella haga fluir perpetuamente, nunca se hubiera encargado de conducirnos al cielo. ¡Cuántas gracias prevenientes que dar, qué de caídas que reparar, cuántos perdones pacientes é innumerables en una vida de hombre! Dios, bueno infinitamente, jamás se desanima, nunca nos abandona su misericordia, y cuando llega nuestro último suspiro, al lado nuestro está para acogernos.

La misericordia de Dios es la que nos procura todas las gracias que tenemos, y la que os ha for-



mado la vocación, que por vosotras mismas nunca hubiérais podido merecer, al mismo tiempo que en el mundo viven muchas otras almas que, por aventajaros en pureza, merecerían, con preferencia á vosotras, estar de continuo en la presencia del Santísimo Sacramento como siervas, como familia suya. Pero la misericordia os ama, os ha llamado, y ahora quiere daros todo lo que os hace falta.

¡Ah! ¡Decid si Jesús Sacramentado no ha sido muy bondadoso para vosotras y pródigo de misericordia! ¿Y dejaríais de vivir en ese amor, en esa misericordia infinita? ¿Os pondríais á miraros á vosotras mismas y lograría atajar vuestros pasos una leve tela de araña? No: ¡vivid del amor y de la misericordia de Dios, y empezareis á ser santas!



## EL AMOR VIRGINAL DE JESUS

**Q**s ha creado Dios en su amor; os ha llenado de gracias su misericordia; os ha colocado en las condiciones más favorables para la salvación: ¿hay manera de corresponder á este amor, no siendo por el amor? Como es tanto lo que os ha amado Dios, tenéis imprescindible necesidad de amarle.

Mas, sobre todo, para vosotras que os habéis consagrado á él por la vida religiosa, forma una necesidad el vivir de amor, pues el voto de virginidad que habéis hecho no es sino un voto de amor que os obliga á amar por estado, por vocación. Los demás votos son una profesión de las virtudes evangélicas, mas por el voto de virginidad decís á Dios: «¡Dios mío, hago voto de no amar perpetuamente sino á Vos, y de nadie, sino vuestro, ha de ser mi corazón!»

¡Qué bello voto es éste que á sólo Dios entrega el corazón y el amor! En los primeros días de la Iglesia, antes que en ella hubiese monasterios, hacíase únicamente este voto, y por él las vírgenes eran religiosas en el mundo; aunque seguían viviendo con sus familias, eran consideradas como un Orden sagrado de la Iglesia, Orden eminente que San



Pablo y los Padres exaltaron con los elogios más sublimes; y nada hay tan hermoso como las preces que las edades apostólicas nos legaron referentes á la consagración de una virgen.

Este voto por sí sólo consagra para Dios, coloca en superior esfera y comunica dignidad sagrada; la virgen, lo mismo que el sacerdote y que el vaso del sacrificio, es cosa sagrada; su voto sustituye á la unción santa. Por este voto queda consagrada la virgen á Jesucristo como esposa suya; es un contrato de eterna alianza con Él, y para la mujer reemplaza á la consagración sacerdotal, por la que el levita queda dedicado á nuestro Señor como eterno ministro suyo.

Pues bien; ya hicisteis este hermoso voto, cuya nobleza dimana de que tiene su asiento en el corazón, de que da el amor y el afecto á Jesucristo, y por ese voto absoluto é irrevocable de amor, obligadas quedáis á amar á nuestro Señor, única, íntegra, virginalmente. Los votos de obediencia y de pobreza son el camino del merecimiento; el voto de virginidad, el camino de amor y de excelencia, porque eleva á las que lo hacen al honor de ser verdaderamente esposas de Jesucristo.

Nuestro Señor ama ese voto, del cual se muestra celoso; yo estoy persuadido de que ese es el voto del corazón y del amor. Por lo tanto, debéis amarle á él solo y totalmente; pues ya ni vuestro corazón ni sus afectos tienen libertad, como que todo pertenece á vuestro divino Esposo. ¡Ah! Cuidado con no mezclar con su amor el de las criaturas, pues fuera profanación abominable.

Así como la esposa infiel queda para siempre infamada con el nombre de adúltera, la Iglesia se!la

con marca aún más deshonrosa á la virgen que quebranta su voto de virginidad: la denomina sacrilega. Este es el nombre que da á los que profanan los vasos sagrados, el templo santo, las sagradas Hostias; también la virgen infiel profana una cosa que es santa y consagrada á Jesucristo.—Habíase reservado nuestro Señor, queriéndola para sí, para Él únicamente, que quería todo su corazón y su amor todo: ella ha profanado el vaso sagrado de Jesucristo, su copón y su Hostia.

Habéis, pues, de amar á nuestro Señor como esposas fieles, y aceptar todos sus derechos; pues ligadas estáis para siempre, y con el título de vírgenes fieles seréis coronadas, ó, por el contrario, condenadas como vírgenes sacrilegas.

Dedicado y consagrado os habéis, pero á más de esto debéis ser inmoladas á nuestro Señor: ¿qué quiere decir esto? Que debéis ser inmoladas al amor de vuestro divino Esposo y vivir para Él en continuo sacrificio; pues como vuestro voto os ha constituido en cosa sagrada, os destina al sacrificio como las víctimas que eran escogidas puras, jóvenes y sin mancha y destinadas á ser inmoladas al Señor desde el instante en que las apartaban de lo profano.

El amor es crucificante. inmola; pero aparte de eso, enlazado os habéis con el Esposo crucificado: ¿acaso la esposa no debe participar del estado de su esposo? Todavía no es llegado el tiempo de que gocéis de la dicha de vuestra unión, pues mientras estéis en la tierra, sólo sois las prometidas de Jesucristo; cierto que le pertenecéis y ya no sois libres, pero la plenitud de la unión y sus delicias son para el cielo; y aunque desde ahora hasta entonces nuestro Señor os visitará de vez en cuando y para con-



solaros os mandará sus ángeles, no esperéis todavía gozar de Él.

Estáis á tiempo de perfeccionaros y adornaros de virtudes para el día de vuestras bodas eternas. Vírgenes sabias y prudentes quiere ver en vosotras nuestro Señor, las cuales llenen de aceite sus lámparas y velen en espera del Esposo. Como las virtudes de nuestro Señor no se adquieren de una vez, y es laboriosa su práctica, dedicaos á ellas sin miedo, con denuedo y perseverancia, pues deben ser vuestro adorno el día en que os presentará á su Padre para efectuar en el paraíso el celestial matrimonio en presencia de sus ángeles.

Para ello, recordad que por vuestro título de esposas venís obligadas á entregaros á las virtudes por amor; que cuanto hiciereis debe dirigirse á probar ese amor á vuestro Esposo y que no debéis retroceder ante ningún sacrificio que en atención á Él deba realizarse. Supremo, absoluto, único ha de ser el amor vuestro, y tan sólo para Él; fuera del cual, nadie, ni vosotras mismas, tendrá derecho á ese amor. ¿Pues qué? ¿Seríais capaces de convertirlos en fin de ese corazón que nuestro Señor agranda con su gracia y llena de su amor con el designio de ser su único y supremo objeto?

¿Convertiríais á cualquiera criatura en fin de ese corazón, arrebatándoselo á su dueño? ¡Libreos Dios de ello! En la vida religiosa especialmente, debéis amaros unas á otras, pues formáis alrededor de nuestro Señor un círculo cuyo centro es Él únicamente. Por eso han de converger exclusivamente á él todos los radios. ¡Desventuradas vosotras si no amáis á nuestro Señor, ó no amaseis á Él únicamente! ¿Y cómo debéis amarle?—Debéis amarle como

os ama; pues el amor gusta de igualdad, de reciprocidad. Mas nuestro Señor os ama como á su Padre; es decir, que de igual modo que Jesús ama á su Padre mediante la continua referencia de cuanto es y de cuanto hace á su gloria y servicio, así nuestro Señor tiene con vosotras una relación constante de amor y gracia; pues para vosotras son su Corazón, su mente, sus méritos y toda su vida; os ama con todo su ser, poniéndoos como fin de sus pensamientos, de su amor, de todas sus acciones y de todos sus sufrimientos.

Pues bien; he aquí cómo debéis amarle, refiriendo á Él, por el amor, cuanto sois y tenéis, todos vuestros pensamientos, acciones, méritos y sufrimientos, toda vuestra vida. Dadle vuestra inteligencia para no pensar sino en él y para él; vuestra voluntad, para que cifre su dicha en obedecerle y servirle en cuanto quisiere; vuestro cuerpo, para que en él reproduzca sus virtudes y sus padecimientos meritorios; estableced y mantened esta continua relación de vuestras facultades con las suyas, de vuestra mente con su mente, de vuestro corazón con su Corazón, de vuestro cuerpo con el suyo; en una palabra, de todo vuestro ser con todo su ser: de esta suerte amaréis cual sois amadas.

Os dice nuestro Señor: «Sin cesar pienso en vosotras: ¿por qué no habéis de pensar incesantemente en mí? No hay en mi Corazón sino el deseo de vuestro beneficio, de llenaros de amor: ¿por qué no tornarse á mí vuestro corazón con un continuo homenaje de amor y reconocimiento?»

»Os doy mi cuerpo; diariamente lo inmolo en sacrificio por vosotras, y hasta os lo doy á comer, por manera que es vuestra víctima y vuestro alimento,



¿Por qué entonces no habéis de consagrarme todos vuestros sentidos y vuestro cuerpo para sufrir y reparar conmigo el pecado que ofende á mi Padre y hiere mi amor?»

¡Oh! ¡Cómo padece nuestro Señor cuando no correspondemos á su amor! ¡Es tanto el ardor, tanto el poder con que nos ama! Cuando mira á cualquiera de vosotras, pobre criaturita, mísero gusanillo de la tierra, dice: «¡Amote apasionadamente; te amo, enamorado estoy de ti!» Su pasión le hace olvidar su dignidad; desea la reciprocidad, la pide y quiere que le ame ese gusano, ¡como si tal amor fuese digno de Él y hubiera de producir su felicidad!—Si en las relaciones humanas un inferior dice á su superior: «Yo quiero á usted.,» le injuria, porque esa expresión equivale á colocarse al nivel suyo y exigirle correspondencia, cuando no tiene más derecho que el de respetarle; mas nuestro Señor suprime todas las distancias que la dignidad interpone, y nos dice: «¡Amame, pues yo te amo!»

Cuando se ama á alguien, se desea verle, se le mira sin cesar. Así os mira nuestro Señor siempre con amorosa mirada; os mira con ojos de bondad, llenos de la ternura de un padre; por todas partes os sigue; sois su asidua ocupación.—¿Por qué no mirarle también? Vuestros ojos amantes deben fijarse en nuestro Señor y nunca perderle de vista. Si hay murallas que detienen vuestros ojos corporales, los del alma pueden verle desde cualquiera parte, y la vista es conocimiento y amor, y el amor es siempre pintor; crea el objeto y sin cesar lo pone ante los ojos.

También para vosotras quiere nuestro Señor en todo caso el bien y procura la ocasión de produci-

ros continuamente nuevos beneficios; su presencia es siempre digna de amor; notad, notad cómo lo hace todo por amor á vosotras. ¿Y por qué entonces no hacéis por amor á Él todo cuanto practicáis? ¿Por qué no ha de ser un homenaje de amor á Él cada una de vuestras operaciones, en primer término los ejercicios de piedad y luego cuanto hicieréis en la celda ó en los cargos que os han encomendado?

¿Qué es el amor sino una pura llama que se remonta al cielo? Lo que por amor de Él no hicieréis, mezclado estará con humo, cuando debierais ser viva y límpida llama.

Además, nuestro Señor os quiere con amor creciente, que de continuo es siempre nueva y más copiosa gracia. Varía y aumenta sin cesar nuestro Señor sus dones de gracia y continuamente se manifiesta bajo un aspecto nuevo; así el amor de hoy es más grandé que el de ayer, é irá creciendo diariamente hasta el fin de nuestra vida, porque cada nueva gracia se junta con las pasadas. Su amor dilátase como la flor que se entreaire al salir el sol y se desenvuelve hasta abrirse por completo bajo el sol del mediodía.

También es necesario que siempre le améis con amor nuevo, hasta poder decirle: «Os amo más que ayer, porque tengo un día más, mayor número de gracias, mayores deudas de amor.»

Estas deudas habéis de pagarlas viviendo en amor, con reconocimiento y prestación de homenaje, sin retener para vosotras nada de cuanto hicieréis.

La personalidad, el yo siempre subsiste, haciéndose objeto de su atracción hacia vosotras mismas; por consiguiente, herida es ésta que sin cesar se reproduce y que hay que cicatrizar con el fuego del amor.



Pensad que cuando todo lo hiciereis por nuestro Señor, nada extraordinario habéis hecho, sino vuestro deber sencillamente; y siempre os quedaréis muy por bajo del amor que nuestro Señor os tiene. —Lloraban muchos Santos por no poder amar suficientemente á nuestro Señor, y exclamaban: «¡Ah! ¿Por qué no dispongo de un amor infinito con que responder á su infinito amor?» Placen mucho á Dios, suma bondad, estas lágrimas, porque revelan los deseos y las limitaciones del amor y muestran una criaturita que desde las orillas del tiempo extiende sus brazos hacia el Creador á quien quisiera abrazar, y que le contesta: «¡Gusanillo de la tierra, yo te amo!»

Pues bien: ¿queréis amar á nuestro Señor? Entregaos á él y vivid de amor para él, como él para vosotras, y buscad en vuestro corazón todo cuanto sea capaz de causarle mayor complacencia, así como Él lo hace respecto á vosotras. —¿Y esto es ya la perfección?—No; esto no es sino el principio, y vuestro deber de hijas; sin que en el intento de obrar de esta manera pueda haber ningún orgullo: ¿quién podrá ser orgulloso si mira á nuestro Señor?

Renovad vuestro voto de virginidad, que es vuestro voto de amor, pues en tanto que los otros son el fruto de vuestra vida, éste es su flor. Renovadlo muchas veces y decid: «¡Dios mío, á Vos me consagro para amaros virginalmente; para amaros ¿cómo diré? con amor de sangre, con un amor eterno!»



## CONFERENCIA SOBRE LA CONFESIÓN

**L**A confesión es la última tabla de salvación que Dios nos da en las tempestades de este mundo maligno; por eso inutilizarla equivale á perderse indefectiblemente, supuesto que no existe otro medio de perdón; pues aunque todavía queda el acto de amor perfecto que justifica, es lo cierto que también ha de contener el deseo de la confesión. Por lo tanto, poned vuestros cinco sentidos en evitar todo lo que pueda perjudicar al bien de la confesión, y en practicar cuanto asegure su utilidad y buen resultado.

Evitad desde luego con severidad toda relación natural y humana con el confesor durante el acto terrible de la confesión, pues no es un hombre, sino Jesucristo quien se halla en aquel su tribunal de justicia y misericordia.

El mismo Salvador es quien le comunica por el Sacramento del Orden ese poder, terrible y consolador á la vez, de efectuar lo que Él mismo hace: «Todo lo que atareis sobre la tierra, será eso mismo atado